

# LA VOZ DE LA CARIDAD.

N.º 264.—1.º de Marzo de 1881.

*Dios es caridad, (San Juan,  
Epíst. I, 4, 8.)*

---

## SECCION DE BENEFICENCIA.

EN NOMBRE DE LOS POBRES.

---

A. P.—Gracias mil por los 20 rs. que añade V. á su suscripcion. Sirvieron para dar un buen dia á una pobre familia, necesitada de todo. Reciba V. la expresion de su gratitud.

Ofi.—Ni el nombre, ni siquiera la poblacion, bien lejana, donde V. se encuentra, nos permite V. que estampemos aquí, para que ni remotamente pueda saberse la procedencia de los 100 rs. que nos ha enviado. Aunque V. ocultе su nombre al público, lo sabe Dios, lo sabemos nosotros, y sin saberlo las dos familias socorridas con esos 100 rs., nos encargan trasmitamos á V. su gratitud. Usted sabe muy bien cuán agradabilísimo nos es cumplir este encargo, por lo que es en sí y por quien le hace.

Doña R. G. B.—Muchas gracias por los 10 rs. de limosna, por las nuevas suscripciones y por el ofrecimiento de encargarse de la cobranza de las de ahí. Fué por equivocacion no enviarle á V. los recibos del último semestre, y recordamos con gratitud su celo y caridad en la cobranza del anterior. La persona por quien V. pregunta no ha padecido mal grave, y le agradece á V. mucho su interés.

La persona que sin decir su nombre ha enviado tanta ropa de niño, reciba nuestra gratitud y las bendiciones de las madres, que merced á su caridad, verán vestidos á sus queridos inocentes.

---

## SOCIEDAD ESPAÑOLA

DE SALVAMENTO DE NÁUFRAGOS.

---

¿Habeis visto alguna vez un barco en el mar, que hace señales de hallarse en gran peligro? ¿Habeis oido el cañonazo que pide socorro? ¿Habeis formado parte de esa multitud que

cubre el puerto ó la playa, que palpita, que teme, que espera, que llora, que se extremece, que por intervalos está inmóvil como las rocas donde se estrellan las olas, ó como ellas se agita? ¿Habeis sentido el silencio angustioso cuando la nave parece próxima á sumergirse, el gemido prolongado cuando aquel punto negro deja de verse entre la rompiente? ¿Habeis recibido la impresion, que no se borra jamás, producida por un grupo de mujeres y niños á quienes la muchedumbre apiñada abre paso con respeto compasivo, y que mirando al mar gimen: ¡mi padre! ¡mi hermano! ¡mi marido! ¡mi hijo!

De los que lean estas líneas, pocos habrán visto semejante conmovedor espectáculo; pero todos pueden comprender que hay en él terribles dolores, y no queremos pensar que ninguno sea indiferente á ellos, y pudiendo, no haga nada para evitarlos. Si en la playa y á la vista de un barco, cuyos tripulantes van á morir, y es dado salvar con dinero, se pidiera al pueblo que los contempla una limosna, ¿habria alguno que la negase? No; nadie, y todos se agolparian á ofrecer su moneda de oro ó de cobre, y el que moneda no tuviese, daria una parte de su único vestido.

¿Y por qué los mismos que se conmueven en *presencia* de la desgracia, son tan indiferentes á la *idea*? Porque es muy comun, en España sobre todo, que la compasion esté en estado de *instinto*; tiene generosas espontaneidades, fuertes impulsos á veces, pero le falta cordura, perseverancia, firmeza y aquella autoridad que llevan consigo los mandatos del deber. Las impresiones instintivas, cuando no se refieren á la necesidad, ó al deseo del que las experimenta, suelen ser fuertes, pero pasajeras; el servicio que no es debido se suprime sin escrúpulo, y de veleidad en error, y de error en absurdo, se viene á calificar de voluntario lo que es obligatorio, y en que no cause rubor lo que es vergonzoso. Deber es no dejar morir á hombres que pueden salvarse; vergüenza que nuestras playas parezcan desiertas para el que busca en ellas un pueblo civilizado y cristiano; oprobio que España esté por debajo, muy por debajo de Turquía para el socorro de los náufragos, y dolor que el marino que lucha con la mar brava de nuestras costas, piense que, como las rocas en que rompe, deben ser duros los hombres que no acuden en su auxilio, cuando

por falta de él muere. Y ya no queda el recurso que empleó el gran poeta para disculpar nuestras durezas de otros días, diciendo:

«Crimen fueron del tiempo, no de España.»

No; la grave falta de que tratamos no es del tiempo, sino nuestra: las demás naciones ofrecen ejemplos que no seguimos; en sus playas dan á nuestros marinos auxilios que no prestamos á los suyos, y hasta los sectarios de Mahoma socorren á los náufragos mejor que esta España, donde tantas veces se invoca el nombre de Cristo para profanarle. Es hora de salir de situación semejante, ó dirán que encendemos faros en nuestras costas para que hagan con su luz más patente la crueldad ignominiosa con que abandonamos al que lucha con la tempestad. Sí, hay ignominia en la falta de cumplimiento del deber, de correspondencia á los beneficios, de consuelo á los dolores.

Es ignominioso que en uno de los primeros puertos del Mediterráneo, estando á la vista un barco español en grave peligro, no acudieron españoles á socorrerle, y los manes de Roger de Lauria han debido estremecerse de dolor y de vergüenza al ver que fueron extranjeros los que se lanzaron al mar y salvaron la vida de los hijos de España (1).

¿Por ventura no hay en nuestra patria hombres valerosos? ¿Se extinguió la raza de aquellos catalanes y aragoneses, que fueron terror y admiración de turcos y griegos? ¿No hay ya quien sepa alcanzar los laureles de Lepanto, ó la palma del desastre glorioso de Trafalgar?

Nuestra gente de mar no ha degenerado; ni valor ni caridad le falta, como lo prueban tantos premios dados por soberanos extranjeros á su esfuerzo y abnegación, y tantos merecidos en la patria, que no siempre los da. Investíguese en puertos y costas y se sabrán nombres ignorados que debían recordarse con amor respetuoso, y hechos que por heroicos, admiran y por olvidados afligen. ¿Qué falta pues?

Falta organización, medios materiales, voluntad ilustrada y perseverante, trabajo inteligente, dinero. Sí, falta dinero,

---

(1) Véase la bien escrita y bien sentida *Memoria* del Sr. D. Martín Ferrero, que hemos tenido presente para escribir este artículo.

horroriza que, cuando tanto se malgasta, y cuando tanto se tira, y cuando tanto se lleva ó se deja ir á donde es peor que si se tirase, perezcan hombres que, mediante algunas monedas, hubieran podido salvarse. En comprobacion de esta verdad, pueden citarse muchos casos: consignaremos uno por constarnos ser reciente.

Era una deliciosa tarde del último otoño, y la temperatura suave, la mar bella, la atmósfera en calma, no inspiraron confianza á muchas lanchas y botes que pescaban cerca de Gijon, y remaban presurosas hácia el puerto. Gran dicha fué que le tomaron poco antes de desencadenarse un viento furioso que justificó la prevision de sus tripulantes. ¿Estaban todos en salvo? No, faltaban un niño y un hombre, viejo piloto, valeroso y experto marino, de nombre Leon, y como leon luchaba con el viento y con el mar. ¿Pero de qué valian su pericia y esfuerzo en un diminuto bote y con tan débil compañero? Veíasele distintamente desde el puerto maniobrar con serenidad y acierto; la vista de águila de los marineros apreciaba su destreza, media su peligro creciente, y los hubo de tan noble corazón y heróico esfuerzo que resolvieron, con grave peligro de su vida, salvar la de aquellos que indudablemente perecian si no se les daba socorro. Se lanzan á una lancha, toma el práctico el timon, los marineros los remos. Pero una voz dice: —¿Quién responde de la lancha si se pierde? Otra: —¿Quién nos mantiene esta noche en Tazones? (1). Las preguntas se quedan sin respuesta; las vidas se arriesgan, la hacienda no; aquellos hombres tienen heroismo, pero no tienen que comer; vacilan, dudan, pierden algunos minutos, y como hay que aprovechar los instantes, la oportunidad pasa, y ya no es posible intentar nada. Al dia siguiente se vé flotando un timon, al otro aparece un bote, el hombre y el niño no se han visto más; para salvarlos no faltó valor ni virtud; no faltó caridad sublime ni esfuerzo levantado: faltó dinero. ¿Y está aquel pueblo tan falto de humanidad y tan sobrado de codicia que deja perecer á sus hijos por no dar algunas monedas? No, no. Apresurémonos á decir que no, en honor suyo y de la

---

(1) Tazones es un puertecito á donde tendrían que pernoctar, por no ser posible volver hasta que el viento calmase.

verdad. En Gijon habia no una, sino muchas personas que hubieran respondido del valor de la lancha, que hubieran pagado muchas cenas y muchas comidas por salvar á los que perecian, pero no estaban en el muelle, y cuando supieron la desgracia ya estaba consumada: doliéronse de ella, pero se dolieron en vano, porque las de esta clase no se remedian si no se preven muy anticipadamente.

Pero no es esto solo. Allí, á pocos metros de esa lancha que no prestó auxilio porque no habia quien respondiese de su valor, estaba un bote salva-vidas, pero en *un almacén*, y era y es propiedad del Estado; allí está sin que nadie disponga de él, ni le use, ni le quiera; allí está como faro sin luz, como cuerpo sin alma.

Los náufragos perecieron por falta de auxilio, cuando habia embarcacion á propósito para dársela y hombres que espontáneamente se arriesgaban á tripularla, y otros que no regateaban, crueles y villanos, el precio de dos vidas, y hubiesen dado más dinero que el necesario para salvarlas. ¿Qué faltó pues? Faltó lo que decíamos más arriba. Faltó organizacion, perseverancia, voluntad firme, trabajo inteligente; faltó y falta que la compasion instintiva sea razonada, y que al sentimiento de piedad se una la idea del deber. Y este deber alcanza á todos, cada uno en la medida de sus medios. La mujer no está obligada á luchar con las olas, yendo en auxilio de los náufragos; pero sí á combatir la indiferencia con que se mira su suerte, y á procurar que sea ménos desdichada el filósofo, el artista, el poeta, por todos los medios que el razonamiento, el arte y la poesía les dan para convencer y persuadir á los hombres.

Cuando hay un reo de muerte, aunque sea gran malvado, es general el deseo de que alcance gracia, y muchos se esfuerzan por conseguirlo. Qué contraste ofrece semejante interés y la indiferencia con que se miran los honrados marineros que, bien puede decirse, están en capilla, puesto que el formidable verdugo que se llama mar tempestuoso es seguro que los matará por miles: solo de Inglaterra inmola *ocho cada día*. ¿Diráse que el mal es inevitable? En parte sí, en parte no, y el que puede evitarse no es tan pequeño, ni poco cargo para la conciencia del pueblo que no le remedia pudiendo. La Socie-

dad Francesa de salvamento, ha salvado 1.800 náufragos; la Holandesa, 2.000; la Dinamarquesa, 3.000; la Noruega, 900; la Inglesa, 17.424; la de los Estados-Unidos, solo en el año de 1878, ha socorrido 171 buques salvándose 1.331 tripulantes. Estos números prueban la eficacia de los medios de salvamento, son alabanza de los países en que se emplean, y vituperio de aquellos que miran la suerte del náufrago, con cruel indiferencia ó estéril compasion.

España tiene ya constituida la *Sociedad de salvamento de náufragos*, pero es necesario no dejar aislados los esfuerzos de las personas que con fé trabajan para darle vida. Esta vida no puede venirle sino del sentimiento general, de la opinion, de los esfuerzos reunidos, que utilizando los medios individuales se imponga á los poderes públicos para que cumplan deberes á que hoy faltan.

Con este número de LA VOZ DE LA CARIDAD se distribuyen las invitaciones á que esperamos respondan con una limosna, todos los que puedan darla.

Habiéndonos manifestado alguna duda, hacemos la siguiente aclaracion. Los *donadores*, no solo pueden hacer un donativo por pequeño que sea y una sola vez, sino comprometerse á dar cada mes, cada trimestre, cada año, una cantidad que aunque les parezca insignificante será muy agradecida y muy útil.

Si aquellos de nuestros lectores que tienen costumbre de dar limosnas por nuestra mano, quieren continuarla, nos encargaremos gustosos de recaudar las que nos envíen para los náufragos y remitirlas á la *Sociedad de salvamento*. Dicen que los habitantes de tierra adentro, se olvidan ó no compadecen al que navegando arriesga su vida ó la pierde; pero ni indiferencia ni olvido se comprende cuando un alfiler, una aguja, un poco de azúcar ó de algodón, el tabaco que con tanto gusto se convierte en humo, recuerdan en todas partes el mar por donde ha venido, y el pobre marinero que ha luchado con las olas, y tal vez ha muerto por traer aquellos objetos. Y aunque así no fuese, los corazones compasivos y las conciencias rectas, no necesitan estos auxiliares materiales para salvar distancias y tiempos y hacer justicia, y desde lejos compadecer y consolar.

Antes de rehusar nuestra cooperacion al socorro de los náufragos, pensemos que en este caso la limosna puede ser la vida, y la indiferencia la muerte. ¿Quién rehusará?

CONCEPCION ARENAL.

Madrid 25 de Febrero 1881.

---

## EL MAL SOCIAL.

---

(Continuacion.)

### VI.

#### Desarrollo y sucesivas formas del mal social.

I. Diverso origen de la pobreza y del pauperismo.—II. La Iglesia.—III. Formas de la mendicidad en España, apreciada por propios y extraños.—IV. La mendicidad en el extranjero.

I.—En los pueblos primitivos no hubo pobres, como no los hay hoy en los pueblos salvajes ó casi salvajes, donde la vida es sencilla, se conocen pocas necesidades, y hay escasas diferencias entre ellas y los medios de satisfacerlas; la tierra dá más de lo indispensable con poco trabajo.

Cuando se desarrollaron la civilizacion y sus manifestaciones, crecieron las necesidades, y aunque aumentaron proporcionalmente los medios de satisfacerlas, como que fueron mayores los desniveles y complicaciones sociales, hubo tambien más causas de pobreza. Por esto son menos los pobres en los distritos agrícolas que en los industriales; y lejos de desaparecer de los pueblos ricos, parece como que aumentan en ellos.

Los Patriarcas y sus descendientes y sus pueblos conjuraron el mal con la santa virtud de la hospitalidad. El pueblo hebreo, además de ejercerla, aprendió en sus libros sagrados hermosos preceptos de caridad, y el Egipto organizó sus industrias.

Grecia y Roma hicieron del mal la institucion social de la esclavitud; pero no lo curaron: más de 320.000 indigentes

vivieron de los socorros públicos en la capital del pueblo rey, en tiempo de César; por hambre se insurreccionaron varias veces los pobres y los esclavos; y Avieno, Salvanio, Libanio, Juvenal, Marcial, Horacio, Séneca y otros nos dejaron autorizados testimonios, ó nos hicieron pinturas vivísimas de las miserias del Imperio.

Las religiones prodigaron consuelos tiernísimos al pobre (1).

II.—El Cristianismo alivió ésta, como todas las dolencias humanas: primero con la vida comun de los fieles, y siempre con su encantadora doctrina (2).

Los Santos Padres y los Concilios censuraron amargamente la ociosidad y la vagancia, pero no impusieron penas corporales para corregirlas; si alguna vez negaron al mendigo la entrada en los hospitales, ó le prohibieron pedir limosna (3), no fué en absoluto (4); y la Iglesia les destinó una parte de sus rentas.

III.—Todas estas indicaciones tienen perfecta aplicacion á España; pero el mal social tomó aquí carácter y condiciones especiales, cuando más directamente le afectaron la caída del poder feudal, el descubrimiento de América y la Reforma.

La caridad privada y las autoridades eclesiásticas cuidaron por mucho tiempo del socorro de los pobres impedidos; y solo abandonaron á la Administracion el cuidado de los vagos y mendigos robustos. El espíritu religioso de nuestros mayores y su ardiente caridad atendieron generosamente al socorro del expósito y del huérfano, de la viuda y del anciano

(1) «La pobreza, dádiva de los dioses inmortales.» (Heriодо, *Las obras y los dioses*; Versículos 717 y 718.)

(2) «Tened todas las casas como si no las hubiédeses.»—(San Pablo.)

¡Oh vida segura de mansa pobreza!

¡Oh dádiva santa desagradecida!

(Juan de Mena. *Trescientas*: Copla CCXXVII.)

Los mendigos eran llamados *miembros de Jesucristo*; San Francisco tomó el nombre de *pobre cristianísimo*; San Ignacio se decia *pobre de los pobres*, y el Sumo Pontífice se llama *Siervo de los siervos de Dios*.

El voto de pobreza es uno de las profesiones religiosas, y las Ordenes mendicantes se obligan á vivir de limosna.

(3) El tercer Concilio provincial de Méjico (1585) prohibió á los párrocos ejercer la hospitalidad con los vagabundos, jugadores y demás gentes perniciosas á los indios, y les mandó tratar á estos con blandura. (Título II. *De lo perteneciente á los párrocos de los indios*, párrafos V y VI.)

(4) *Si autem quis petat pro nutrimento, tum indistincte omnibus est danda.*

del enfermo y del pobre. Aun en el mismo siglo XVI, la generosa nacion que habia conocido á santos tan ilustres por su caridad como Julian de Cuenca, Diego de Alcalá y Pedro Regalado, tenia á D. Francisco de Guzman en Avila, á D. Juan Fernandez Heredia en Cuenca, á D. Fernando Tricio en Salamanca, al virey y patriarca Juan de Rivera en Valencia, y á los Moscosos y á los Pimenteles, admirables por la misma virtud. Pero las graves complicaciones sociales y políticas del siglo XVI agravaron el mal, que llegó á su mayor desarrollo en el reinado de Carlos II; en 1664 tuvo que acudir el Presidente del Consejo de Castilla, por órden del rey y acompañado del verdugo, á recoger de las aldeas inmediatas á Madrid las subsistencias más indispensables para la atribulada capital; y fué raro el dia del año 1693 en que no murió alguno de hambre, muchos perecieron ahogados por el tumulto que rodeaba las panaderías, y más de dos mil pobres cayeron sobre la Córte.

En la Edad media se desarrollaron la servidumbre y los gremios, como los mejores remedios de la pobreza. Los fueros municipales y los usages nos dan de ello buena prueba: la *Charta universitatis* de Raimundo IX á Barcelona, es un remedio á la miseria de sus industriales; millares de infelices morian sin embargo de hambre tan luego como sobrevenia una mala cosecha.

La ociosidad, la mendicidad y la vagancia nacieron en España, como en los demás pueblos, casi siempre al amparo de instituciones privilegiadas que las hicieron posibles. Se desarrollaron y conservaron despues, aun dentro de instituciones igualitarias, por imitacion y por vicio. Si siempre hubiera sido una verdad práctica la necesidad de trabajar para comer, de que hablaba San Pablo, difícilmente se hubieran aclimatado los vagos. Pero la ociosidad, la mendicidad y la vagancia tienen, repito, especial y larga y dolorosa historia en nuestro país, donde—siquiera duela confesarlo—no brillan los hábitos de laboriosidad, como en ningun otro pueblo meridional. Aquí se aunaron para alimentarlas la política y la naturaleza, las instituciones de privilegio y la facilidad de la vida, y por desgracia hubo un tiempo en que tomaron formas caballerescas y simpáticas á nuestro exaltado carácter. El es-

píritu agitador y aventurero que crearon las magníficas epopeyas de nuestra Reconquista y de nuestros descubrimientos, la servil fatuidad que reinaba en aquellos ejércitos de servidores, mantenidos por los antiguos señores de vidas y haciendas, que se habian repartido el fecundo suelo de la patria, y la sibarítica holganza que en dias poco claros lograron cubrirse bajo la falsa capucha del monje y del peregrino (1), fomentaron en proporciones asombrosas el ócio. Nuestros vagabundos lograron interesar como soldados mutilados y como romeros penitentes, hicieron fortuna y sembraron la repugnancia al trabajo: ~~planta nociva~~ germinó, creció y se propagó prodigiosamente bajo nuestra atmósfera blanda y aromatizada.

El fanatismo y la especulacion aumentaron tanto las peregrinaciones, que hubo año en que pasaron por Búrgos, para Santiago, más de 600.000 romeros. Peregrinos franceses prometian á sus hijas, en dote, lo que allegaran de un viaje de ida y vuelta.

Funesta plaga de holgazanes los innumerables pajes, lacayos, gentiles-hombres y oficiales de los grandes señores, solo se ocupaban en pasear, jugar y hurtar á sus amos, para sostener galas y vicios.

Los ciegos, tan numerosos desgraciadamente en la córte, que pudieron formar una cofradía en el convento del Cármen, eran acaso la peor clase de mendigos. Dedicados primero á rezar por precio en las iglesias y en las casas, y trasformados luego en bardos improvisadores, obscenos y escandalosos, ó en titiriteros, caian en alcahuetes y eran instrumentos de todos los vicios y delitos.

El tipo del ladron de rosario y escopeta, que sorprendió á Gil Blas en el camino de Oviedo á Peñafior, acusa en Mr. Le Sage conocimiento de nuestra época.

Las iglesias eran el más seguro teatro de todas las malas artes de estos miserables, y no habia modo de respetar la devocion, ni de mantener la seriedad del culto.

Cuando se daban distintivos de autorizacion para mendi-

---

(1) «Qui multum peregrinantur, raro santificantur.» *De imitatione Christi*, lib. I, cap. III.

gar se prestaban ó legaban, y fué tan difícil comprobarlos que hubo que desistir de esta precaucion.

Eran muy frecuentes las casas de mendigos ricos, que se daban trato espléndido; porque la mendicidad llegó á ser un verdadero oficio, lucrativo como pocos, y habia la singularidad de que todos los españoles se desdeñaban de seguir la profesion de sus padres, menos los mendigos. Los pobres de oficio celebraban sus juntas, á manera de cofradías, y en la villa de Mallen se reunieron más de 3.000 que repartieron por cabeza el excesivo gasto que causaron.

Hasta la limosna, dispensada con la más santa intencion, pero tan indiscreta como fácil, aumentaba el mal.

Los vagos llenaban las calles de Madrid, jugando de dia á los naipes, y esperando la hora de comer en los conventos y de salir á robar en las casas. Alcahuetes y ladrones eran los más.

Las mujeres, echadas de las casas públicas, escandalizaban por calles y plazas, y hasta en las gradas de las iglesias, y poblaban los hospitales (1).

Perez de Herrera calculaba que habria en España hasta 150.000 mendigos; pero de 5.000 pobres reunidos en Valladolid el año 1599 solo resultaron 600 verdaderos.

Bobadilla, Perez de Herrera (2), Ripa, Cellórigo (3), Perez de Guzman (4), Sempere y Guarinos (5) y Ordoñez (6) nos

(1) Navarrete. *Conservacion de monarquías*.

(2) Cristóbal Perez de Herrera, Protomédico de Felipe III. *Discursos del amparo de los legítimos pobres y reduccion de los fingidos*.

Cuenta el caso curioso de un fingido muerto en la calle de Atocha, cerca del colegio de Loreto, por quien sus amigos pedian limosna á los transeuntes, y á quien el doctor Segovia declaró sano, y un religioso de San Juan de Dios, que de antes le conocia, hizo levantar y correr, con toda la cuadrilla, á cordonazos.

(3) Cuenta Cellórigo de un fingido cojo que empleó este recurso en Búrgos, el año 1592, estando allí la córte, y con tan feliz resultado que fué llevado en procesion al monasterio de San Agustin y sacó una gran limosna de Felipe II; pero que quiso repetir la prueba en Valladolid, el año 1597, y fué descubierto.

(4) *Bienes del honesto trabajo*.

(5) *Poñicia de España acerca de los pobres, vagos y mal entretenidos*.

En su capítulo XVI cita y extracta un curioso manuscrito que vió en la Biblioteca de D. José Miguel de Flores, con el título de *Advertencias para el ejercicio de la plaza de Alcalde de Córte*.

(6) D. Pedro José Ordoñez. *Monumento triunfal de la piedad católica erigido por la imperial ciudad de Zaragoza. (Hospital de Nuestra Señora de la Misericordia)*.

cuentan los embustes y ficciones de llagas, cegueras y otros males de que se servían los falsos pobres, degradados en la ignorancia y el vicio, para mover á misericordia, y como se suponían tullidos ó tomaban pócimas para resultar real ó aparentemente enfermos; las curaciones milagrosas con que se decían favorecidos; los parentescos que simulaban con los criados y criadas para emplearlos como instrumentos de robo; las devociones y peregrinaciones que fingían para conseguir socorros, y el horrible comercio que con las criaturas humanas hacían, alquilando las contrahechas, y mutilando, cegando con hierro candente ó estropeando de otro modo las sanas. Hubo quien pagó la operacion de cortarse una mano, para quedar imposibilitado de trabajar.

FERMIN H. IGLESIAS.

(*Se continuará.*)

## MEMORIAS DE UN NÚMERO.

### II.

#### El operado.

Estaba yo sobre la cama de una *clínica*, ó sea de aquel establecimiento que sirve á la vez de hospital para los enfermos y de medio de enseñanza, porque el médico que los asiste es catedrático, y los discípulos estudian allí prácticamente el curso de las enfermedades, y la accion de los medicamentos.

Los enfermos, por consiguiente, son *objeto* de curacion, y *medio* de enseñanza; hay ocasiones en que parecen considerarse como *material*, y no es pequeña dificultad lograr que nunca la persona del paciente se trate como cosa, ni sirva de ensayo, ni descienda por pasos que no se cuentan, pero que se dan, de la categoría de hombre á la de perro ó de rana, ni sea víctima de los que buscan la ciencia prescindiendo de la conciencia. Cosas son estas que importa mucho evitar, que no siempre se evitan, pero de que no me ocuparé hoy: el caso de que voy á tratar es de otra índole y más grave á mi parecer.

En la sala X de la clínica Z, estaba yo sobre una cama; vino á ocuparla un hombre que resultó con necesidad de ser operado. Lo fué, y por cierto que la operacion ha sido de lo más cruento y terrible que he visto; no se cloroformizó al enfermo y padeció lo que parece imposible resistir: díjose allí, que someterle á semejante tortura, excitar de tal modo su sensibilidad, y agotar sus fuerzas con el dolor por no usar el cloroformo, fué una gran falta: no sé si en efecto la hubo, y en caso afirmativo prescindiré de ella, porque voy á ocuparme de otras mayores.

El operado, aguardaba ansioso la visita del operador, con todas las impaciencias, temores y esperanzas propias de su situacion. ¿Serian inútiles las torturas sufridas? ¿Habría que repetir las? ¿Tal síntoma que experimentaba sería favorable ó adverso? ¿Se curaría? ¿Quedaría enfermo? ¿Moriría? Intranquilidad angustiosa y perjudicial que el profesor podría calmar, en parte al menos. ¿Cuándo vendrá? Pasó un dia y no vino; grande extrañeza de parte del enfermo. Pasaron dos, y no fué, no sabia qué pensar; pasaron tres, cuatro, veinte, treinta, no pareció; entonces, ya supo qué pensar. En todo este tiempo, qué de amarguras para el paciente, qué de dudas y compromisos para los que le asistian. ¿Cuándo se debia levantar el apósito? ¿Cómo debian combatirse tales síntomas que parecian alarmantes? ¿Se formaba pús? ¿Debia dársele salida saizando? Vacilaban practicantes y profesores clínicos, porque el catedrático era el que debia decidir, el responsable, y no venia, ni vino.

Referido el hecho, causó asombro y escándalo en los que se escandalizan (que aunque pocos hay algunos), al ver que públicamente se falte á deberes tan sagrados, y doliéndose del hecho dos personas entablaron el diálogo siguiente:

—Sí, señor, el caso es cierto, y otro y otros parecidos se ven en esta clínica, y no en ella sola. El profesor de la de... ha dado en el curso pasado sesenta y tantas lecciones.

—¿Pero cómo no se quejan los enfermos?

—¡Infelices! ¿Tienen ellos por ventura idea de su derecho, ni de que pueden hacerle valer, caso de que le conozcan?

—Pero las Hermanas de la Caridad, los practicantes, los discípulos, los profesores, el Decano, el Rector, ¿cómo no

denuncian el hecho los unos, y le ponen los otros el necesario correctivo?

—Dadas todas las cosas como son, ó como están, las Hermanas de la Caridad ni los practicantes consideran como un deber protestar contra las faltas que comete quien ocupa una posicion superior é independiente, que puede perjudicarles, y más en un país en que *autoridad* es tantas veces sinónimo de *impunidad*. Los discípulos son de dos clases: holgazanes que se congratulan de que haya pocas lecciones que aprender durante el curso, y pocas preguntas á que contestar en el exámen, y jóvenes aplicados que deploran este abandono, pero que no se atreven á denunciarle por muchas razones, y entre otras por aquello de que el que se mete á redentor suele salir crucificado. Tal vez esta consideracion, ó un compañerismo mal entendido, selle los lábios de los profesores. En cuanto al Decano y al Rector no sé qué decirle á usted. Será ignorancia ó indiferencia.

—¿Pero es posible ser indiferente respecto de faltas de tal gravedad, cuando se tiene el poder y el deber de corregirlas?

—Puede que no se sepan.

—¿Y para qué están los jefes de los establecimientos sino para averiguarlas?

—¿Para qué están?

—Sí; ¿para qué están? ¿Para qué son autoridad y la tienen?

—Hé ahí una pregunta más fácil de hacer que de contestar.

—Y hé aquí un hecho que él solo basta para pintar un país, y que no puede realizarse sino en medio de un gran desquiciamiento administrativo y de una especie de caos moral. La culpa que deploramos no es una sola, sino un compuesto de muchas y graves culpas. El hombre que puede aliviar y consolar, falta al hombre que necesita alivio y consuelo: hay inhumanidad. El médico que le debe asistencia, falta al enfermo pisando los deberes más elementales de su profesion. El profesor priva á sus discípulos de una parte esencial de la enseñanza, porque sin asistencia exacta y asídua á las clínicas, no puede seguirse el curso de las enfermedades, ni comprobarse el efecto de los remedios. Los alumnos no tienen prác-

tica, no conocen las dolencias más que por la descripción que de ellas hacen los autores, descripciones que, aunque siempre fueran hipocráticas, que no lo son ni pueden serlo, no podrían suplir á la vista del paciente. Los primeros pasos del alumno en la práctica, tan difíciles y tan peligrosos para el paciente, no están dirigidos por el maestro, ni rectificadas los errores que puede cometer en el pronóstico y diagnóstico de la enfermedad. Sabiendo cuán fácilmente equivoca los síntomas de unas con los de otras un principiante, se comprende la necesidad de que una persona de experiencia rectifique su parecer equivocado. Sin práctica no hay médico; sin asistencia exacta á las clínicas no hay práctica. Hombres muy competentes sostienen que el tiempo de las clínicas, es decir, de la práctica en la enseñanza, debería duplicarse cuando ménos, y en vez de esto se suprime, porque equivale á suprimir esta clase no asistir á ella con exactitud. Así, el mal único ni el mayor, no es el abandono del enfermo, es el abandono de los discípulos, es el privarlos de conocimientos indispensables, es darles sin ellos un título que asegura la impunidad del daño que se haga, pero no significa la ciencia necesaria para no hacerle. El mal único ni el mayor, no es el abandono de los enfermos de la clínica, sino el de los discípulos, que cada año van por centenares, ó por miles, á ensayarse en centenares ó en miles de pacientes, que padecerán lo que no debían, ó sucumbirán tal vez, porque el jóven médico salió de la escuela sin la práctica indispensable. El mal único ni el mayor, no es el abandono de los enfermos, sino el de los deberes predicado con el ejemplo uno y otro día, uno y otro mes, uno y otro año, á jóvenes á quienes, en vez de la práctica de la ciencia, se enseña la práctica del mal proceder, y como con él se vive y se medra, con aumento de provecho, y cosa incomprensible, ¡sin menoscabo de honra! ¡Qué lección de moral para los jóvenes y cómo la aprovecharán!

—Dirán que las cátedras de medicina no son de moral.

—Ninguna cátedra debe ser escuela de inmoralidad, y en las de medicina especialmente, la moral es principalísimo elemento; no hay hombre que en la práctica de la ciencia á que se dedica, necesite de mayor moralidad que el médico. Impunemente puede hacer gravísimos daños si no sabe y quie-

re su deber, encontrándose muy á menudo con casos de conciencia, que resuelve mal si no la tiene recta.

Cuanto más reflexiono, menos comprendo cómo faltas semejantes pueden cometerse sin que se proteste contra ellas, sin que se digan muy alto, sin que la prensa clame.

—¡La prensa!

—Sí, la prensa; ¿qué hace que no denuncia estos abusos?

—La prensa no suele ocuparse de estas cosas, ni por consiguiente saberlas; pero si las sabe y quiere ponerlas en conocimiento del público, ¿es seguro que podrá probarlas? ¿Es seguro que diciendo la verdad no resultará que falta á ella si el asunto se pone en tela de juicio? ¿Es seguro que si usted imprime lo que dice y aquí sabemos, y reclaman los censurados, no probarán que todos los profesores de la Escuela de Medicina son modelos de exactitud, y que las clínicas están asistidas de modo que no hay más que pedir?

—Tendria eso que ver.

—Pues cosas parecidas se han visto.

Al llegar aquí los interlocutores, que se dirigian á la puerta, salieron, y no pude oír el resto del diálogo. He esperado á ver si uno de ellos hacia públicos los hechos que excitaron su honrada indignacion; pero viendo que guarda silencio, yo le rompo, anotando el caso en mis *Memorias*. Y no hablo de humanidad dirigiéndome á los hombres compasivos, ni de moralidad á los que tienen conciencia, sino que llevo la cuestion, es decir, quisiera llevarla, al terreno extrictamente legal, pidiendo que los profesores de medicina cumplan con sus deberes legales, y al Sr. Ministro de Fomento y al señor Director de Instruccion pública, que tengan presente el suyo. A su consideracion dejo, si en la facultad de Medicina donde se hace lo que dejo dicho, la enseñanza se dá como debe darse.

## 12.

---

ERRATAS.—En el número anterior, página 322, línea 30, donde dice *vive con otro* debe decir *riñe con otro*; y en la 34, donde dice *llame*, debe decir *llama*.

---

# ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN EL TOMO XI.

## Beneficencia.

	<u>Páginas.</u>
Suscripcion á favor de los hijos de Cayetano Torres.....	3
Idem á favor de los náufragos del Cantábrico.....	3
Idem á favor de los inundados de Levante.....	4
Un deseo de enfermar.....	7
La caridad.....	14
Cajas escolares de ahorros.....	19
La calle de la Caridad en 1880.....	19
Un modelo de amor filial.....	27
Crónica de buenos ejemplos.....	54
La Constructora benéfica. Memoria del año 1879.....	36
Idem.....	46
Al pueblo de su naturaleza. Art. 1.º.....	41
Idem id. Art. 2.º.....	61
Idem id. Art. 3.º y último.....	73
Un buen libro.....	49
Las grandes limosnas.....	69
Resignacion sublime. Pepe el baldado.....	97
Ley sobre Cajas de ahorro y Montes de piedad.....	121
¿Por qué no le envía V. á la escuela?.....	139
El donativo para los inundados.....	142
La Cruz Roja belga.....	143
Al Sr. D. G. A. G.....	144
Una idea nueva á favor de la Constructora benéfica.....	169
Enseñar á leer.....	185
El abandono de los menores.....	193
Viajes de verano.....	195
No hay camas.....	200

	<u>Páginas.</u>
Desconfianza para la limosna.....	212
¡Pobres niños!.....	218
Un Jefe de Estacion.....	225
El proyecto del Sr. Sierra y Durán.....	232
La bolsita azul.....	241
¿A qué se dedican las Hermanitas de los pobres?.....	244
Buena excentricidad.....	247
Por deber.....	249
Ávila benéfica.....	265
Otro buen Jefe de Estacion.....	269
Historia de un ochavo moruno.....	272
Las Pascuas.....	280
La Sociedad española de Salvamento de náufragos.....	281
Histórico. Un palco para oír á la Patti.....	288
Los niños perdidos.....	297
La Casa de Caridad en Barcelona.....	306
Una visita en el dia de Noche-buena.....	323
Sociedad española de salvamento de náufragos.....	329

### **Establecimientos penales.**



La cárcel modelo.....	94
Idem.....	97
Memorias de un preso conducido. Arts. 1.º y 2.º.....	80
Idem            id.            id.            Art. 3.º.....	93
Idem            id.            id.            Art. 4.º.....	111
Idem            id.            id.            Art. 5.º.....	133
Idem            id.            id.            Art. 6.º.....	147
Idem            id.            id.            Art. 7.º y último.....	179
Teoría de la pena.....	105
La cárcel celular de Navalcarnero.....	131
Conduccion de presos.....	137
El penal de mujeres de Alcalá de Henares.....	201
Instalacion de las Hermanas de la Caridad en la prision de mujeres de Alcalá de Henares.....	237
Una visita y un discurso.....	291
Al Sr. Director de Establecimientos penales.....	313

## Asuntos varios.

	Páginas
Cuenta de ingresos y gastos del 17.º semestre de la VOZ DE LA CA- RIDAD.....	1
Idem id. id. del 18.º id.....	2
A los diez años.....	5
Caja de ahorros, Monte de piedad y Cajas escolares de Salamanca..	11
Instrucciones de Salvamento.....	15
La primavera.....	23
Gregorio Aspiazu. Art. 2.º y último.....	29
A los diez años. Contestacion.....	58
La sisa de las criadas.....	66
La indiferencia por la verdad.....	84
Un buen pensamiento.....	88
Los elementos de la usura. Art. 1.º.....	89
Idem id. Art. 2.º.....	105
La Exposicion de flores.....	101
Imperfecciones y aspiraciones. La madre.....	115
Idem id. El padre.....	157
Idem id. El Maestro de escuela.....	189
Idem id. Los Quijotes y los Sanchos de hoy..	221
Idem id. (Sin título).....	262
Idem id. Oro y oropel.....	326
La primera educacion.....	119
Hay Irlanda, pero no hay Cobden.....	125
Necrología. D. Alejandro Ramirez Villaurrutia.....	145
La cuestion social.....	150
Las víctimas del trabajo.....	162
Valor sereno y abnegacion heroica.....	163
Influencia de la mujer en el hombre.....	165
Las víctimas del trabajo.....	175
Jardines y juegos.....	183
Hasta que venga la justicia.....	198
¡Libros! ¡Libros!.....	208
Federacion británica y continental.....	229
En una mina.....	239
El ahorro.....	251

	<u>Páginas.</u>
Union internacional de las Amigas de las jóvenes.....	258
Escuela de aprendices.....	276
El mal social. Art. 1.º.....	298
Idem id. Art. 2.º.....	335
Ciencia y beneficencia.....	310
Mar pacífico y tierra guerrera.....	320
Memorias de un número. 1.ª.....	315
Idem id. id. 2.ª.....	340

### **Poesías.**

---

En la huerta de la Abadía.....	52
--------------------------------	----